



Otra mirada sobre la maternidad

Las madres actuales pertenecemos a una generación de mujeres educadas para tener como metas el desarrollo intelectual y profesional, así como la independencia económica. Como no, si nuestras madres y abuelas vivieron épocas en las cuales las mujeres no tenían derecho a voto, ni podían aspirar a ir a la universidad. Así, en menos de cien años hemos conquistado espacios clásicamente masculinos. Nos hemos insertado en el mundo público, estando presente en todos los ámbitos laborales. Hemos sido independientes, autónomas, eficientes y rápidas. Nos consideramos exitosas imitando modelos masculinos de éxito. Porque los ideales sociales, laborales, e incluso de belleza, siguen siendo contruidos desde una mirada masculina. En suma, nuestra identidad de mujeres continúa basada en la aceptación por parte del hombre. Sin darnos cuenta seguimos manteniendo un sistema patriarcal. Y pensamos que éramos revolucionarias.

Para poder desenvolvemos en estos espacios, las mujeres tuvimos que desligarnos de ciertos aspectos intrínsecamente femeninos, que impedían o dificultaban nuestra salida al mundo laboral. Aspectos como el cuidado y alimentación de nuestros hijos durante sus primeros años de vida. Y surgen entonces las salas cuna y la leche artificial, que nos dan la ilusión de que nuestro rol materno es sustituible. Se espera entonces que antes de tres meses después del parto la mujer esté lista para reintegrarse al mundo laboral y el bebé en condiciones de ser cuidado por terceros. Para poder llevar a cabo esta separación, a todas luces temprana, la mujer debe inhibir el instinto a permanecer al cuidado de su hijo. Capacidad innata que todas las mujeres tenemos, pero que culturalmente (para que la mujer pueda acceder al mundo público) es coartada. Como consecuencia de este corte (o como racionalización que lo permita), se ha desvalorizado la maternidad y la función de cuidado de los hijos. Si la mujer es exitosa mientras está en el mundo externo y sea económicamente productiva, entonces permanecer cuidando a su bebé es equivalente a postergarse, no realizarse. Porque al estar en el mundo privado la mujer se torna invisible. Al dedicarnos a estas tareas las mujeres perdemos la identidad construida en el mundo externo.

El debate sobre la extensión del postnatal ha propiciado una discusión en la que se escuchan cada vez más voces (en los foros, redes sociales, movimientos ciudadanos) que cuestionan el paradigma oficial que nos dicta la sociedad de consumo y éxito individual. Cada vez hay más mujeres que quieren tener la libertad de dedicarse a criar personalmente a sus hijos en lugar de trabajar, sin ser discriminadas social, laboral y económicamente por ello. Porque la pediatría, psicología y las neurociencias han venido a reafirmar lo que el instinto nos dice, que los bebés están mejor cuando permanecen al cuidado de sus madres.

De esta manera la extensión del postnatal no es solo una discusión sobre cuántas son las semanas óptimas para fomentar la lactancia, o para prevenir enfermedades en los niños. Es la oportunidad para preguntarnos cuál es el valor que le damos a la maternidad y al cuidado de los niños. Cómo podemos proteger a las mujeres y familias en etapa de crianza. Cómo hacemos para que la decisión de dedicarse a criar o trabajar pueda ser tomada libremente, sin presiones sociales ni



económicas. Es el momento de detenernos a pensar, tomar conciencia de dónde estamos y para dónde vamos como sociedad.

Esta sí que es una revolución.

Francisca Montedónico

Leslie Power

Psicólogas

www.espaciocrianza.cl

